

Tres nuevas estelas de Ibero

PEDRO ARGANDOÑA

El concejo de Ibero forma parte de la Cendea de Olza, junto con los lugares de: Arazuri, Artázcoz, Asiain, Izcue, Lizasoain, Olza, Orcoyen y Ororbia.

El núcleo urbano se extiende en el ángulo que forma la confluencia de los ríos Arga y Araquil.

Su excelente emplazamiento tuvo mucho que ver con que el lugar fuera habitado desde época romana, como lo atestiguan los hallazgos de la zona: la estela empotrada en el interior de la sacristía, las monedas aparecidas en el molino, o los restos cerámicos que afloran en las piezas cercanas al pueblo. Parece que, incluso, sus aguas termales eran apreciadas desde entonces. (Ultimamente el lugar viene siendo visitado por clandestinos que, con ayuda del detector, recogen monedas para venderlas a coleccionistas particulares).

ORIGEN DE LAS PIEZAS

Las tres estelas objeto de este trabajo aparecieron entre los restos de Casa Arozanea cuando se derribó, en 1986, para ser reconstruida.

La vieja edificación seguía las líneas constructivas de los edificios de los siglos XVI y XVII. También se conservaba en su interior una chapa frontal de fogón, decorada con águila bicéfala y fechada a finales del XVI.

Las estelas aparecieron reutilizadas en los muros de la casa como simples piedras de construcción, de ahí que aparezcan mutiladas; por lo tanto, llevarían ya cierto tiempo en desuso cuando fueron reaprovechadas como sillares en Casa Arozanea.

Por otro lado, aunque la actual iglesia de Ibero es del siglo pasado, en la zona más alta de la población y ligeramente desplazada de ella, se encuentra la vieja parroquia gótica. Si bien cumple actualmente las funciones de cementerio, conserva todo su perímetro, con portada incluida y restos de una pequeña bóveda lateral. Si a esto añadimos que Arozanea es la casa más cercana a esta edificación, parece lógico deducir que las estelas procedían del viejo cementerio, cuyos restos, una vez cayó en desuso, se emplearon en la construcción de la nueva casa.

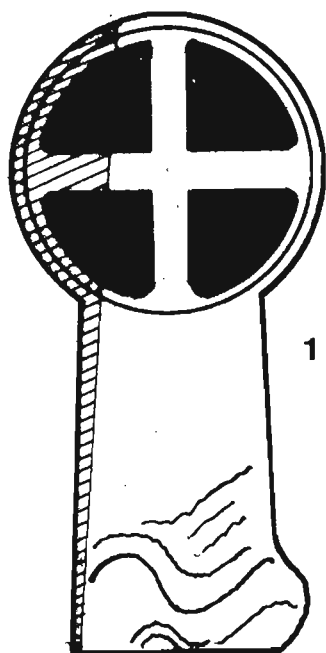
A finales del siglo XVI se pasa a enterrar en el interior de las iglesias, aunque esta evolución difiere en cada localidad. En el caso de Ibero, se produce en fechas muy tempranas, sin duda por su cercanía de Pamplona, donde tras el hundimiento de la cate-

dral románica, a finales del siglo XIV, burgueses y caballeros pasaron a ser enterrados en el interior del nuevo templo, con el consiguiente rosario de donativos para obras y sufragios por sus almas. Así, en 1436 los palacianos Guillén de Torres y su mujer Juana Miguel de Olloqui, disponen su entierro en la iglesia de Ibero ¹. El título de sepultura (título de propiedad de una sepultura de interior) les había sido concedido por el Obispo D. Sancho de Pamplona el año 1422 ².

Una vez creado el precedente, todo vecino de Ibero que podía costeárselo recibía sepultura intramuros de la iglesia, y el que no reposaría en el cementerio, al menos hasta que se dispusiesen carnarios para pobres y los enterramientos exteriores quedaran definitivamente desechados.

Describimos a continuación las tres piezas de Ibero.

Pieza n° 1

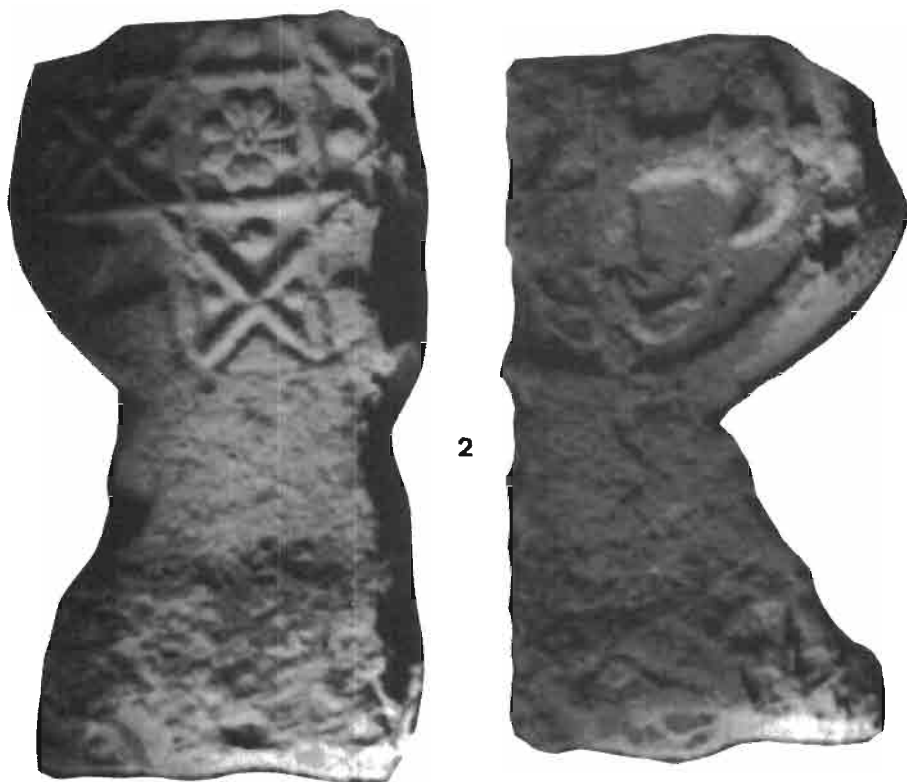
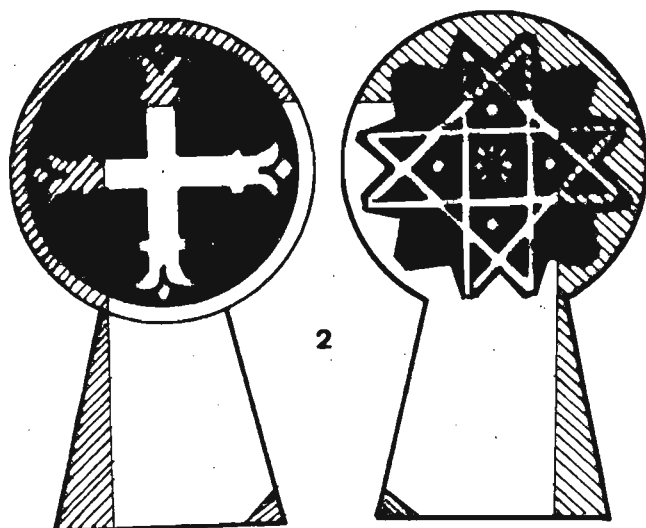


Anchura del disco aproximada: 34 ctms.
 Altura total: 70 ctms.
 Espesor: 14 ctms.
 Cara A: Cruz griega y doble bordura incisa.
 Cara B: Cruz griega. Bordura simple.

Material: Caliza muy dura, similar a la de las casas del pueblo, que se extraía del paraje conocido como Latzarreka, hasta que fue sustituida por materiales más modernos.

1. GOÑI GAZTAMBIDE, José. Catálogo del Archivo Catedral de Pamplona. Institución Príncipe de Viana. Pág. 417. Pamplona, 1965.
 2. ALES TIRAPU, José Luis y URSUA IRIGOYEN, Isidoro. Catálogo del Archivo Diocesano de Pamplona. Tomo 2. Institución Príncipe de Viana. Pág. 169. Pamplona, 1988.

Pieza n° 2

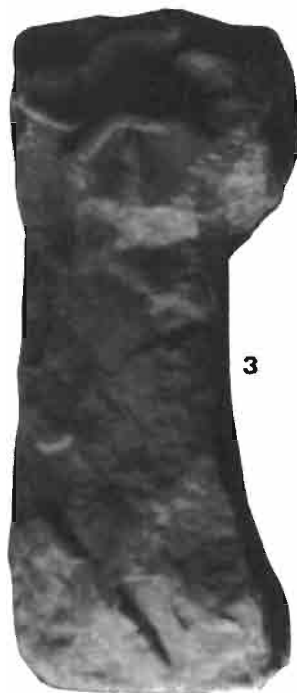
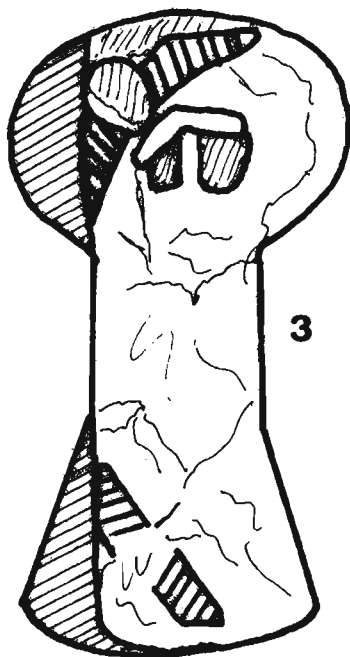


Anchura del disco aproximada: 38,5 ctms.
 Altura total aproximada: 65 ctms.
 Espesor: 17 ctms.
 Cara A: Cruz griega flordelisada.

Cara B: Aparentemente es una cruz cuyos extremos terminan en dos triángulos, y sus cuarteles son ocupados a su vez por cuatro triángulos con las puntas romas. El cuadrado central que forman los brazos de la cruz tiene una pequeña roseta octopétala y, a sus costados, inmersas en doce pequeños triángulos, sendas bolitas.

Material: El mismo o parecido a la anterior.

Pieza nº 3



Anchura del disco aproximada: 23 ctms.
 Altura total aproximada: 61 ctms.
 Espesor: 17 ctms.

Cara A: Posible rostro de factura muy tosca, surmontado por algo que parece ser un angelito.

Cara B: Lisa.

Material: Arenisca rojiza. Este material procede de la zona de Astráin. También en Muru-Astráin y en Guenduláin es frecuente ver este tipo de piedra, y en pueblos algo más alejados de su lugar de origen, como Arazuri (portada de Santa María de la Peña), Cizur Menor (ventanas de la iglesia sanjuanista) o Ibero (arquivoltas de la vieja parroquia gótica).

Dada su manipulabilidad, fue ampliamente utilizada por los canteros medievales en trabajos de cierta complicación, principalmente edificios religiosos. Así, en 1481 el cabildo de la catedral de Pamplona y el señor de Guenduláin revisan un contrato anterior acerca de la extracción de piedra de la cantera de Guenduláin para las obras de la catedral ³.

3. GOÑI GAZTAMBIDE, José. Op. cit. Pág. 477 y Apéndice nº 15. Revista Príncipe de Viana. Número LIX. Págs. 192-198. Pamplona, 1955.

CARACTERÍSTICA DE LAS PIEZAS

La estela nº 1 presenta el dibujo más sencillo: una cruz griega. La técnica de labra también resulta muy primaria. Se aprecia un punteado por toda su superficie, de lo que se colige que el puntero fue la única herramienta de acabado. La raya central que divide la orla, en la Cara A, tiene varias correcciones, quedando una circunferencia imperfecta, mientras que los brazos de la cruz en forma patada responden antes a la impericia del cantero a la hora de afinar el ángulo que forman la cruz y el borde, que a una pretensión formal.

En contraposición, la número 2 presenta un fino acabado y una correcta elaboración del dibujo, lo que unido a la complejidad de los motivos decorativos inducen a pensar que se deba a un cantero profesional, como lo era por entonces Johan Martínez de Villafranca, mazonero de Ibero, que en 1420 recibe 20 libras por sus trabajos en Andión⁴.

La tercera estela es la más compleja. Sus cantos presentan dos tipos de labra, la más antigua ocupa el costado que queda sin retocar y la parte recta del pie del otro lado, lo que la decanta claramente, pese a su aspecto, como estela discoidea. En el pie de la estela, toscamente desbastado, se conservan los trazos de, quizás, unas alas de otro pequeño angelote, similar al del disco, que al sobresalir levemente de la superficie fueron respetadas, así como por estar en la parte inferior y, por lo tanto, enterradas.

Sin duda, es el resultado de la reutilización de una piedra procedente de algún edificio religioso, y la figura representada cabría relacionarla con alguna imagen de tal carácter; probablemente Jesucristo, o quizás algún santo.

En cuanto a su origen, sin descartar otro tipo de monumento, bien pudo pertenecer a la propia iglesia o a alguna de las ermitas desaparecidas: el obispo Lorenzo Igual de Soria certifica en su visita de 1786 la existencia de la ermita de San Bartolomé, mientras que, mucho después (1802), Moret y el "Diccionario Geográfico Histórico" sitúan la de San Martín en la confluencia de los dos ríos, y Núñez de Cepeda cita las de San Andrés y San Pedro. De la ermita de Santo Tomás en la ladera de Sarbil únicamente queda el topónimo⁵.

En definitiva, nos encontramos ante tres estelas que formaron parte del viejo cementerio de Ibero como cabeceras de sepultura, antes de su reutilización como mampueto en una edificación vecina. Si tenemos en cuenta que ya en 1422 se extendían títulos de sepultura, es muy probable que las dos primeras piezas daten de entre los siglos XIII y XIV. Estilísticamente, la segunda presenta labra de gran calidad. Parece que la tercera de las piezas aquí reseñadas es tardía (primera mitad del XVI); lo que no resulta tan evidente es la razón de la permanencia del grabado anterior. Si nos atenemos a la blandura de la piedra y al perfecto trabajo realizado en los cantos, cabe la posibilidad de que la figura representada en origen tuviese para el autor tanta o más sacralidad que cualquier otra que pensara tallar antes de su reutilización —probablemente una cruz—, por lo que finalmente optó por mantener la primitiva imaginería de la pieza.

Lezáun, 22 de Noviembre de 1991.

Fotos y dibujos: Antxon Aguirre

4. IDOATE, Florencio. Desolados navarros en la primera mitad del siglo XV. Revista Príncipe de Viana. Números 138-139. Pamplona, 1955.

5. PEREZ OLLO, Fernando. Ermitas de Navarra. Caja de Ahorros de Navarra. Pamplona, 1983.

